

Siervo del amor

QUIEN haya seguido de cerca el trabajo de José Teruel como profesor, filólogo, ensayista e investigador, habrá sentido en todo momento que su escritura, más allá del rigor y los conocimientos de un estudioso, está fundada en la poesía, pues sus textos son siempre connotativos y próximos a la revelación, características predicables de la creación poética. Así sucede en su tarea de iluminación de la poesía española del siglo XX: desde el Modernismo a la actualidad, con especial dedicación al grupo del 27 y a los poetas del Cincuenta. O cuando se ocupa de la edición de las *Antologías canónicas de 1932 y 1934* de Gerardo Diego o de *Los años norteamericanos* de Luis Cernuda, sin olvidarnos de su inapreciable labor en la que está empeñado de rescate de *Epistolarios inéditos en la cultura española desde 1936* y de la magna edición de la *Obra Completa* de Carmen Martín Gaité. Son solo algunos ejemplos de una dedicación plena a radiografiar el cuerpo y el alma de la literatura española del siglo XX, tarea que ha ocultado su dimensión poética que ahora se muestra en toda su verdad y plenitud con la publicación de *Vertical de Ausencia* por la editorial Reino de Cordelia, libro galardonado con el XXIV Premio de Poesía Ciudad de Salamanca. Anteriormente José Teruel había publicado dos libros de poemas *Como jamás cuerpo*

de amado (editorial Orígenes, 1992) y *La soledad de los nombres* (Colección Poesía en Madrid, 2000), en los que está ya presente esa aspiración a la totalidad de su poesía desde lo fragmentario de la existencia, la tensión trepanante del deseo y, sobre todo, el amor interiorizado hasta el punto de que el ser amado cree la biografía del amante. Amor que es ascenso, amor más allá de la figura. Todo ello subsiste en su máxima depuración, sin anécdota, en *Vertical de Ausencia*, donde, como el título indica, el sentimiento de la ausencia es central, donde lo que todavía no existe pleno en su anuncio amanece, actuando con la fuerza de la más pura presencia. Mediante cuarenta y nueve poemas, divididos en tres partes que se corresponden con la espera, la plenitud y la inminencia y el regreso, territorio de repliegue para reflexionar sobre el misterio del amor, asistimos, física y espiritualmente, a una historia amorosa siguiendo el camino de las tres vías de la mística: la purgativa, la iluminativa y la unitiva, especialmente, lo señala el propio José Teruel, la iluminativa. Inmersos en un lenguaje que permanentemente comunica lo invisible, siempre creador de sentido, en el que todo se consuma.

En *Vertical de Ausencia* existe un vacío lleno; un hueco en el que hay latidos; una soledad purificadora; un no ver para ver más; una trans-

parencia o infancia; un silencio que no deja de hablar; una puerta sin cerrojo llamada deseo; un ojo que alumbraba desde quien le mira; una Naturaleza, que mide el pulso del tiempo, el presentimiento y el deseo; un desaparecer que continúa respirando dentro; una privación que se habita...

Siervos del amor nos sentimos durante la lectura de este poemario en el que todo brilla en su unidad, escrito en estado febril, donde nunca se apaga la sed del amante: «Tan herido de sed estabas / que aprendiste a reconocer / la fuente donde mana el agua. / Por signos inconstantes / otra apariencia nacía, propicia / y amorosa, invitándote a beber / en tu sed viva. / Sed constante de amor. / Sé lo que tú amas». Siervos del amor nos sentimos leyendo *Vertical de Ausencia*, porque solo en su ejercicio encontramos el sentido pleno de la existencia hasta fundir vida y muerte dentro de lo amado: «Era el gesto quien la voz enhebraba. / Era el cuerpo quien gestaba el sentido. / Tú entraste en mí. / Todo lo demás permanece fuera. / Lo real es duro rugoso sólito. / Tu amor no se busca ni se halla, / se ejerce amando, siendo amado. / Morir por lo que amo, aunque no viva».

El deseo atraviesa todo el libro, lo fecunda, y todos los poemas nos sitúan en el umbral, donde la espera de quien ha de llegar es tan intensa que es recibido antes de que eso suceda: «Las puertas se han abierto. / Entraste anticipado. / Mi alcoba es

solo tuya. / Nocturno lavaste mis heridas / y escucho tu compás que existe y basta, / con el aliento vivo del amor». Y hay un color, el blanco que, creo, simboliza lo que significa para Juan Eduardo Cirlot «la totalidad, el estado celeste», y» el centro espiritual «para el filósofo francés René Guénon».

En *Vertical de Ausencia* el lenguaje es pregunta, consumación, lugar de concepción de lo que no llegó a nacer: «Tras la destrucción del silencio / nos quedan las palabras, / y aunque parezcan ruinas, / son los únicos planos / donde alzar el fulgor / que lo vivo no tuvo». Un lenguaje con alta temperatura entrañado en el ritmo de la silva libre impar, con la transfusión sanguínea de San Juan de la Cruz, el más profundo Juan Ramón Jiménez y el Pedro Salinas de los pronombres. Un diálogo con lo inexplicable propio de la mística, en el que se produce la interacción de lo sagrado y lo profano. Y como en la mística el lenguaje, lo vio muy bien Walter Benjamin, «tiene una cara interna. Hay algo en él más allá de lo comunicativo». José Teruel consigue, citando de nuevo a Benjamin, que en el ámbito de la poesía «se materialice la infinitud espiritual del lenguaje».

No quisiera tampoco dejar de señalar que el título de los poemas figura al final con objeto de sintetizar el alumbramiento que produce cada uno de los textos dentro de nosotros, ni que el poema que cierra el libro, «La casa deshabitada», es el correlato

objetivo, espacial y temporal, del propio poeta, que va esgrafiando en los versos su historia amorosa. Casa alegría de su infancia que, desde lo primigenio, transparenta lo que la vida fue deshabitando y que solo quien escribió estos versos sabe. Transcribo un fragmento: «La luz de la luna amarilla / o de un barco errabundo / husmeaba ante la puerta / cerrada de los dormitorios. / Aquellos espejos habían tenido rostro. / El viento levantaba un remolino / de arena en el suelo / y hacía crujir los goznes mohosos. / La ventana se batía en la cocina. / Los pliegues del silencio / redoblaban las

sombras. / Se inclinaba la luz / como una flor reflejada en el agua. / Pero ¿quién miraba lo que nadie ve?... Y sin embargo, alguien lo sabe».

Vertical de Ausencia nos eleva con la gravedad de lo todavía inexistente y prepara nuestro espíritu al advenimiento, nos coloca en un *estado de gracia*, como reza uno de sus versos, nos hace caer hasta lo más hondo para allí ser en ascensión. Poesía con mayúscula la de José Teruel. —JAVIER LOSTALÉ.

José Teruel, *Vertical de Ausencia*, Madrid, Reino de Cordelia, 2021.

Entre la herida y la gracia

CON la idea del diario poético procedente de Octavio Paz como urdimbre, a fin de completar su itinerario lírico, uno de los más sobresalientes y raigales de la poesía contemporánea en español, el salmantino José Luis Puerto ha rescatado su libro de poemas *Topografía de la herida*, escrito en el tránsito del siglo anterior al presente, situado, pues, entre *Las sílabas del mundo* y *De la intemperie*. Ya el primer poema fija la poética de esta entrega, entre la gracia y la herida, entre la dicha y el dolor, que completa el emblemático segundo, conmovedor desde su difícil simplicidad y candidez, dedicado

a sus hijos, cifrado en la cucharilla con la que, en «un tiempo de oro», les daba la comida.

Se reiteran luego motivos que permean y balizan su obra. Señalaremos tres de los más destacados: el jardín como símbolo de una niñez dichosa, aun en la pobreza y las estrecheces materiales; el asma de su abuelo, con el *ritornello* «abuelo, no se apure»; «el aire que brama» cuando también de niño cruzaba como acompañante, a caballo, las cordilleras del alba y que le transmitió «el mensaje del misterio», pozo sin fondo de la poesía, de su poesía tan rilkeana (las citas iniciales son del au-